

GRACIAS, SEÑOR 1 Tesalonicenses 5:16-18

Horatio Spafford era un gran abogado en la ciudad de Chicago, IL., que sufrió una serie de acontecimientos traumáticos muy seguidos en su vida. Primero, su único hijo varón murió en 1871, a la edad de 4 años producto de una enfermedad llamada fiebre escarlata. Meses después, en ese mismo año, gran parte de sus bienes personales fueron consumidos por el gran fuego de Chicago, lo cual prácticamente le arruinó financieramente. En 1873 decidió viajar con su familia a Europa para descansar y visitar a sus amistades en Inglaterra. Pero de último minuto decidió enviar a su familia primero mientras él terminaba algunos asuntos de trabajo relacionados con el gran incendio. El barco en donde iba su familia fue embestido por un buque inglés y se hundió en apenas 12 minutos. Gran parte de los pasajeros y de la tripulación murieron ahogados. Entre las víctimas fatales se encontraban las 4 hijas de Spafford. Su esposa logró sobrevivir.

La Sra. Spafford cuando llegó a tierra envió un telegrama a su esposo en Chicago. El telegrama decía: “Única salva”. Horatio tomó el primer barco y viajó a encontrarse con su esposa. Durante el viaje, el barco pasó por el mismo lugar en donde exactamente había ocurrido el accidente mortal. El capitán del barco le indicó a Spafford en dónde se encontraban los restos de aquel barco destruido. Spafford cayó en la cuenta de que en ese lugar se encontraban los restos de sus hijas. El Señor le consoló con el mensaje recibido de su esposa: “Única salva”. Entonces descendió a su camarote y escribió una poesía que ha llegado a ser el consuelo para muchos creyentes atribulados en un mar de aflicción. Esta poesía es el himno “Estoy bien”.

Después, los Spafford tuvieron tres hijos más y siguieron viviendo en Chicago. Ellos ayudaron a fundar un grupo llamado “American Colony”, en Jerusalén, cuya misión era servir a los pobres. Más tarde la colonia se convirtió en el tema de una escritora sueca que ganó el Premio Nobel. Dicha obra de los Spafford todavía sigue hasta el día de hoy en Jerusalén; su sede es un gran edificio y el grupo sigue cumpliendo con la tarea que iniciaran los Spafford. Horatio murió en Jerusalén en 1888. Este es un hombre de fe, de gozo, de oración y con un espíritu de agradecimiento a Dios.

Llámeme pasado de moda si usted quiere. Pero yo soy de esa generación antigua que todavía saludan con un “buenos días”, “buenas tardes”, “buenas noches”, que sabe pedir perdón cuando se equivoca, que sabe pedir las cosas por favor, y que sabe dar las gracias; valores casi perdidos en nuestros días en una sociedad que cree merecerlo todo.

Estamos por celebrar el Día de Acción de Gracias y por eso hoy quiero enfocar en esa hermosa virtud de saber dar gracias y, sobretodo, ser agradecidos. Dar gracias y saber estar agradecidos son dos cosas que se complementan, pero que no son iguales. El rey David lo expresa de la siguiente manera cuando queremos entrar en la presencia del Señor: *“Entrad por sus puertas con acción de gracias, por sus atrios con alabanza; alabadle, bendecid su Nombre” (Sal. 100:4)*. Si usted se fija bien, el Salmo no dice: *“Entrad por sus puertas y digan gracias”*; dice: *“con acción de gracias”*. Es decir, la gratitud se expresa con acciones, con hechos; no solo con palabras.

Pero parece que hoy en día la palabra *gracias* se ha convertido en solo eso, una simple palabra. Sí, porque alguien pregunta a otra persona: *“¿Cómo estás?”*, o *“¿cómo te va?”*, y la respuesta casi instantánea es regularmente: *“Bien, gracias a Dios”*. La pregunta sería: *“¿Y cómo agradeces a Dios que estás bien o que te va bien?”* Porque el agradecimiento verdadero viene siempre acompañado de una acción. En las palabras del rey David ese agradecimiento se expresa alabando y bendiciendo su Nombre. Y la manera en que alabamos y bendecimos su Nombre no es solo cuando cantamos en la iglesia; sino mucho más, lo alabamos y bendecimos con nuestro estilo de vida. Es decir, cuando vivimos un estilo de vida que refleja su amor y lo que Él es en nosotros; cuando amamos lo que Él ama, cuando vivimos conforme a su Palabra, cuando lo buscamos en oración para recibir su guía, su consejo y llenarnos de su presencia y de su ánimo y, por supuesto, de su perdón cuando reconocemos y le confesamos que le hemos fallado.

Lo alabamos y bendecimos cuando confiamos completamente en Él en todo sentido, cuando desarrollamos los dones y talentos que Él nos dio, cuando le servimos, cuando predicamos de su amor, de su perdón y de su salvación y, por supuesto, le alabamos y bendecimos con nuestras finanzas. Nuestro relato Bíblico de hoy, es un llamado a vivir agradecidos con el Señor dando acciones de gracias.

Pablo escribe a la Iglesia situada en la ciudad de Tesalónica; déjeme le hablo un poquitos de esta iglesia para entender lo que estaban pasando. La Iglesia de Tesalónica era una iglesia que era reconocida por su fe (1Ts. 1:7). Cuando Pablo llegó a Tesalónica en su segundo viaje misionero, muchos recibieron con gozo el Evangelio de Salvación en el Señor Jesucristo. Como Pablo acostumbraba al llegar a alguna ciudad, lo primero que hacía era ir a la sinagoga judía y allí predicaba el Evangelio de Cristo, pero también predicaba en las plazas de la ciudad. Como resultado de su ministerio, muchos judíos se convirtieron a Cristo y también muchos de los llamados “griegos devotos”, es decir, griegos que simpatizaban con la fe judía, pero que no estaban convertidos al judaísmo porque no aceptaban circuncidarse. Asimismo, también muchos griegos paganos se volvieron de los ídolos a la fe en Cristo Jesús (1Ts. 1:9).

Había mucho gozo en la iglesia, pero infortunadamente, pronto empezó a haber oposición tanto de los judíos como de los griegos que no creyeron. Estos empezaron a perseguir a los creyentes y a acusarlos frente al Estado de ocasionar escándalos públicos y de “poner el mundo al revés”. Esta acusación era realmente grave; era más parecida a una acusación de intento de golpe de Estado que a simplemente a un desorden público.

Por esta razón el imperio se vio obligado a intervenir y a perseguir a los cristianos. El imperio no podía tolerar que se llamara Señor a Jesús; ese era un título que solo correspondía al emperador. Llamarle Señor a alguien más que no fuera el emperador suponía entonces que iba a haber un levantamiento civil. Por esa razón los romanos empezaron también a perseguir a los cristianos. Pablo escribe entonces, entre otras cosas, para animarlos en su fe, para que no desmayen y continúen firmes en el Señor. Pablo les dice:

“Estad siempre gozosos. Orad sin cesar. Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús” (vv.16-18).

Un creyente agradecido en todo tiempo es un creyente que vive con un espíritu de gozo, es un creyente que no para de orar y, en su oración, siempre tiene palabras de agradecimiento a Dios; es como un círculo de fe que nunca se detiene. El creyente agradecido enfoca en lo que Dios le ha dado y está contento con eso; no enfoca en lo que Dios no le ha dado. Por eso siempre tiene una actitud de alabanza y no de *quejabanza*. No es que no aspire a más en la vida y sea un conformista, pero es alguien que está

contento con lo que Dios le ha dado. Si alguien no está contento con lo que Dios le ha dado, tampoco lo estará cuando tenga más porque siempre enfocará en el más que quiere tener y no en lo que Dios le ha dado.

Pablo también nos ha enseñado que el gozo es el segundo elemento del fruto del Espíritu (Gál. 5:22). Gozo es el centro del mensaje en la Carta a los Filipenses. ¿Por qué es importante el gozo? Porque el gozo es lo que nos fortalece en nuestra fe en Dios (Neh. 8:10). El gozo no es un sentimiento sino un estilo de vida; no es el equivalente a estar contentos porque el contentamiento depende de las circunstancias que vivimos, mientras que el gozo depende de nuestra relación con Dios. El gozo es esa paz interior que se experimenta aunque estemos pasando por las más terribles de las tribulaciones; es esa paz que nos ayuda a mantenernos firmes con nuestra mirada en el Señor. Dice Pablo que el Señor Jesús por el gozo que fue puesto delante de Él fue hacia la Cruz, sufrió y soportó el dolor (Heb. 12:2-3). No es que Él iba contento; es que iba en paz, sabiendo que lo que estaba por hacer cambiaría al mundo por completo. Por supuesto que eso le puede provocar una sonrisa de ánimo y de satisfacción. Eso es lo que hace el gozo.

Los hermanos de la Iglesia en Tesalónica sufrían persecución y solamente el gozo puesto delante de ellos podría hacer que superaran tan difícil prueba. Y, como dije, el gozo dependerá de su relación con Dios. Por eso Pablo los llama a estar orando sin cesar, es decir, en todo tiempo. Pablo no está diciendo que todo el día y todos los días se la pasen de rodillas en las casas en donde se reunían. La oración, mucho más que solo una actividad, también es un estilo de vida. En otras Palabras, Pablo los llama a estar en comunicación con Dios todo el tiempo. Cualquier circunstancia que pasemos durante el día, buena o mala (no solo las malas) son una buena excusa para orar a Dios. Esto nos lleva a la tercera parte de nuestro relato: un corazón lleno de gozo producto de una profunda relación con Dios, es un corazón que vive agradecido en todo tiempo.

A veces se nos hace difícil pensar en estar agradecidos con Dios por todo. Si me despidieron del trabajo, si reprobé un examen para el que me preparé bastante, si falleció un ser querido y cosas así, ¿debo dar gracias a Dios por eso? No, no es esto lo que dice el versículo. Otra vez, el problema de muchos es que enfocan en lo que no tienen en lugar de enfocar en lo que Dios les ha dado por su pura gracia y misericordia;

tampoco se trata de enfocar en la tragedia o el sufrimiento. No se trata de dar gracias a Dios por eso; se trata de dar gracias porque sabemos que Él está en control de todas las cosas y sabemos también que Él se encargará de consolarle, animarle, restaurarle, hacerle justicia, según la situación de dolor que usted esté experimentando en ese momento. En otras palabras, no damos gracias por el sufrimiento en sí mismo, sino por lo que Dios va a hacer. En estos casos, el creyente tiene bien clara la Palabra de Dios que nos enseña que todas las cosas ayudan para bien para los que aman al Señor (Ro. 8:28). No es una actitud ni masoquista, ni de simple resignación, sino que es una actitud de fe.

El verbo *dad gracias* literalmente se traduce como *dar acción de gracias* y, gramaticalmente se encuentra en tiempo presente, y en modo imperativo. El tiempo presente expresa una acción continua, es decir, *dad gracias hoy, dad gracias mañana, dad gracias todos los días, dad gracias siempre*. El modo imperativo expresa que es también un mandato de Dios. La gratitud expresa humildad y sencillez, expresa que mi dependencia está en Él. Por eso es una virtud agradable a Dios.

Job lo expresó su agradecimiento a Dios de la siguiente manera, y vaya que el hombre pasó por sufrimientos como ninguno de los que estamos aquí hemos experimentado: “*Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio, y Jehová quitó; sea el Nombre de Jehová bendito*” (Job 1:21). También dijo, cuando su esposa le propuso que maldijera a Dios por todo lo que estaba pasando y después se muriera: “*...¿Qué? ¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos? En todo esto no pecó Job con sus labios*” (Job 2:10). Al final de este hermoso Libro, vemos que Dios recompensó la fidelidad de Job, y la recompensa fue grande en verdad. Y, aunque tuvo sus luchas, permaneció firme en el Señor.

El diablo quería demostrarle a Dios que el agradecimiento que éste tenía era porque Dios le daba todo, pero que si se lo quitaba entonces Job blasfemaría contra Él, es decir, no estaría más agradecido y le daría la espalda a Dios. El diablo estaba bien equivocado. Pero eso mismo que el diablo hizo con Job, quiere hacer con nosotros hoy. El diablo quiere convencernos que nuestra actitud de agradecimiento a Dios depende de qué tan bien nos vaya en la vida; cuando nos va mal, entonces es tiempo de darle la espalda. Bien sabe el enemigo que si nos mantenemos firmes, gozosos, en oración y con un espíritu de agradecimiento aun en medio del dolor y sufrimiento, Dios nos levantará en victoria.

Conclusión.

La gratitud es una virtud casi perdida. Mucha gente se cree merecedora de lo mejor y libre de sufrimiento y dolor. Pero cuando éste viene a su vida, como se cree merecedora de lo mejor, le da la espalda a Dios. Mucha gente recibe la bendición de Dios en sus vidas y, consciente o inconscientemente, simplemente lo dan por hecho. Se olvidan de agradecer. El Señor Jesús lo experimentó cuando sanó a diez leprosos, pero solo uno volvió para darle gracias (Lc. 17:11-19). En este pasaje se puede apreciar la tristeza del Señor ante la falta de agradecimiento de los otros nueve. El que regresó para agradecer era samaritano, lo cual nos da a entender que los otros nueve eran judíos.

Esto me recuerda cuando una creyente se unió a un grupo de personas en una iglesia para perjudicar a un ministro del Señor. Una hermana le reprochó lo que ésta estaba haciendo y le recordó las veces que este ministro había hecho cosas buenas para ella; le recordó que estuvo con ella en sus momentos de mayor dolor y cómo le ayudó para levantarse con fe y ánimo. Pero ahora, este ministro ya no era útil para esta mujer. Entonces ella le contestó a la hermana que le recordaba todas estas cosas así: *"Bueno, uno no tiene que estar agradecido siempre"*. La falta de agradecimiento a Dios nos hace arrogantes, soberbios y orgullosos; todo lo contrario a la humildad y la sencillez con que Dios espera que vivamos.

Una persona con gozo, es una persona que ora y que siempre tiene motivos para agradecer a Dios aún en medio del dolor, el sufrimiento, la enfermedad y la tragedia. No enfoca en lo que no tiene sino en lo que tiene, lo que Dios le ha dado y sabe ser feliz y fiel con eso. Una persona agradecida es una persona que tiene claro que su dependencia está en Dios y en nadie más, en nada más.

Finalmente, una persona agradecida muestra su agradecimiento con hechos, no solo con palabras, y siempre estará agradecida, es decir, no es algo de una vez, no es algo temporal. Esto es lo que significa acción de gracias. Y mi oración es que en nosotros, como Iglesia del Señor Jesucristo, mostremos nuestro agradecimiento al Salvador con acciones, mostrando siempre el amor de Cristo en acción. Amén... Vamos a orar...